

# Su novio murió en un accidente y ella se enamoró del mejor amigo: “Esto no puede estar pasando”

19/04/2026



**¿Existe un modo correcto de enamorarse?** La vida, a veces, rompe todos los planes para llevarnos exactamente a donde necesitamos estar.

En San Carlos de Bariloche, donde el invierno parece envolverlo todo en silencio y el verano trae promesas de aire nuevo, la historia de Martina y Tomás **había empezado mucho antes de que ellos supieran lo que era amar.**

Se conocían desde el secundario. No fue un flechazo. Fue algo más lento, más profundo. Primero fueron compañeros, después amigos inseparables, y un día –sin que nadie pudiera marcar el momento exacto– se convirtieron en eso que todos en el barrio daban por hecho: **“los novios de siempre”.**

Crecieron juntos. **Se acompañaron en cada etapa.** Se vieron cambiar el cuerpo, las ideas, los sueños. Se eligieron, se pelearon, se volvieron a elegir. Aprendieron a amarse con esa intimidad que solo tienen las parejas que se conocen de memoria: sabían cómo pensaba el otro, qué le dolía, qué lo hacía reír. Hay personas con las que se va tan profundo que la presencia no necesita palabras.

A los 27, ya no eran una promesa. Eran un proyecto. **Hablaban de casarse.** De viajar. De tener hijos. De quedarse en Bariloche, cerca del lago, donde todo había empezado.

**En ese universo también estaba Lucas.** El mejor amigo de Tomás. Su hermano elegido. Habían compartido todo desde chicos: tardes de fútbol, secretos, primeros amores, frustraciones. Para Martina, **Lucas siempre fue parte del paisaje:** cercano, confiable, querido pero desde un lugar claro, sin confusiones. **Los tres formaban una especie de pequeño mundo estable.**



Una despedida más, sin dramatismo ni señales de alerta: la última vez que Martina vio a Tomás. (Foto ilustrativa generada con IA).

Hasta el viaje. Tomás y Lucas decidieron irse unos días de

vacaciones al sur, más allá de los circuitos turísticos. Querían desconectar, pescar, hacer trekking. Martina se quedó trabajando. Se despidieron con la tranquilidad de lo cotidiano: un **“cuando vuelvas vemos lo del salón”**, un beso apurado, la certeza de que el futuro seguía intacto. **“Volvemos el domingo”**, le dijo Tomás, besándola rápido antes de irse.

**Fue una despedida sin importancia. Pero no volvió.** Eso es lo que más le dolería después. El llamado llegó dos días más tarde. No fue claro y menos ordenado. Una voz quebrada, el ruido del viento, alguien diciendo su nombre, una frase que no terminaba de armarse. Surreal. **“Martina... hubo un accidente”**. Después, solo recuerda fragmentos.

El accidente fue absurdo. Una ruta de ripio. Una curva mal tomada. El auto que pierde el control. El silencio. Lucas sobrevivió. Tomás no.

La noticia llegó como un ataque terrorista: sin preparación posible. **Martina sintió que el mundo no se rompía: se apagaba.** Que le arrancaban el corazón del cuerpo. Que ella ya no era ella. Ya no era nadie. Todo se volvió oscuridad. Hay cierta paz en entender que esto también pasará. Aunque en ese momento, Martina no podía ni imaginarlo.

El velorio fue una escena suspendida en el tiempo. Ella no lloraba como los demás. Estaba rígida. Como si algo en su cuerpo se hubiera cerrado para no dejar pasar lo que estaba sucediendo. La gente iba, venía, abrazaba, decía frases hechas.



El dolor llegó sin forma ni palabras: Martina, inmóvil, intenta entender una pérdida imposible de procesar. (Foto ilustrativa generada con IA).

Lucas llegó tarde. **Cuando entró y Martina lo vio, algo en ella se tensó.** No dijo nada. No lo enfrentó. No lo culpó. Pero en algún lugar –abismal, imposible de nombrar– había una pregunta que no podía sacarse de encima: **“¿Por qué él sí y Tomás no?”** Lucas se acercó despacio. Intentó decir algo. No pudo. Martina apenas lo escaneó. Ese gesto mínimo fue suficiente.

Durante semanas no pudo entender qué significaba seguir viva, cuando la vida que conocía ya no estaba. La casa, los planes, los objetos, todo era un recordatorio constante de una ausencia imposible de procesar. **Lucas también quedó devastado.** No solo había perdido a su mejor amigo. Había estado ahí. Había visto todo. **Y eso lo perseguía.**

Al principio, **Lucas se acercó a Martina desde un lugar casi automático.** No había muchas palabras. Era presencia. Estar sentado en silencio. Resolver cosas. Estar. Acompañar. Necesitaba sentirse útil. Útil para la mujer a quien sin querer le había arruinado el mañana. Cuando alguien se está ahogando, ese no es el momento de enseñarle a nadar. **Lucas simplemente fue su salvavidas.**



Unidos por la tragedia, el silencio y la culpa, Martina y Lucas encontraron en el otro un sostén inesperado. (Foto ilustrativa generada con IA).

Compartían algo que nadie más podía entender del todo, **sensaciones que los unían: el último recuerdo de Tomás**, ese último instante, y al mismo tiempo el brutal dolor en estado puro, la sensación de que todo había sido injusto. Tal vez la verdadera intimidad sea poder desmoronarse frente a alguien y, aun así, sentirse seguro.

**Por meses, su vínculo fue eso: un sostén.** Pero Martina estaba atravesada por algo más que tristeza. Había enojo. Una furia sin destinatario claro, pero que encontraba en Lucas una presencia incómoda. No porque lo creyera culpable –no de manera consciente–, sino porque él era el recordatorio más cercano de ese momento que le había arrancado el presente que tenía. A veces lo escuchaba hablar y sentía rechazo. Otras veces, necesitaba que estuviera ahí. **Era contradictorio.** Y agotador. Lucas lo percibía.

Había algo en la forma en que ella lo miraba –o evitaba– que le confirmaba lo que él también sentía en silencio: **una culpa que no tenía lógica, pero que igual pesaba.** Aun así, no se fue. Se quedó. El mejor lugar que existe es donde se puede

vivir sin llevar puesta la armadura.

Las primeras semanas, Martina no estuvo sola nunca. Las tragedias traen tumulto pero luego la gente vuelve a su rutina. Es justo ahí donde uno se encuentra de cara al desgarró más bestial: el del alma. **Dice la vida que abrir el corazón es un portal hacia la magia.** Aunque primero haya que atravesar el puñal.

Los mensajes se espaciaron. Las visitas se hicieron más cortas. **El mundo siguió.** El mundo siempre sigue. Ahí es donde todo cambió. Porque cuando el ruido baja, quedan pocos. Y entre esos pocos, estaban ellos dos. Empezaron a hablar más. Al principio, de Tomás. Siempre de Tomás. Después, de otros temas. De cómo estaban. De lo difícil que era dormir. De la culpa de reírse por algo. **Se entendían sin explicar demasiado. Y sin darse cuenta, se volvieron necesarios.**

No fue de golpe. Fue una mirada que se quedaba un segundo más de lo que debería. Un silencio que ya no era incómodo. Un mensaje que no tenía que ver con trámites ni recuerdos. Y entonces apareció lo inevitable: el miedo. ¿Cómo se atraviesa el dolor por alguien y, al mismo tiempo, **empieza a aparecer algo nuevo con otra persona** que también lo amaba?

Martina fue la primera en notarlo. Y en negarlo. Se lo prohibió. No como una decisión racional, sino como un reflejo interno. **"Esto no puede estar pasando"**.

Lucas hizo lo mismo. Sin hablarlo. Sin decirlo en voz alta. Empezó a evitar ciertos gestos. A medir las palabras. A irse antes de quedarse de más. **Se cuidaban... del otro.** Pero también de ellos mismos. Hubo pequeños momentos que quedaron suspendidos.

Una noche en la cocina, hablando hasta tarde, **la energía cambió y los dos lo sintieron.** Un abrazo que duró más de lo habitual. Una despedida en la puerta que ninguno quiso cortar. Y siempre, después, el retroceso. El silencio. La distancia

forzada.



El momento en que todo cambió: un abrazo que se extendió más de lo debido, una despedida que ninguno quiso terminar. (Foto ilustrativa generada con IA).

Pasaron meses así. Hasta que un día dejaron de poder sostener esa tensión. No fue una confesión épica. **Fue una conversación larga, honesta, incómoda.** “Siento que estoy haciendo algo mal”, dijo Martina con la cara fruncida de remordimiento. Lucas no la contradijo. Pero tampoco se fue. **Esa noche no resolvieron nada. Pero dejaron de mentirse.** A veces las cosas no salen como queremos, pero terminan siendo lo que necesitábamos para crecer.

Lo que vino después no fue simple, ni inmediato y menos liviano. Fue lento. Cuidado. Lleno de preguntas. Se dieron permiso de a poco. Sabiendo que afuera podía haber juicio. Que muchos no iban a entender. Que incluso ellos mismos tampoco entendían del todo. **Pero había algo que ya no podían negar: lo que sentían** no brotaba de una traición. Nacía de haber estado juntos en el momento más oscuro de sus vidas.

**Hace un par de años están de novios.** No intentan explicar demasiado. No corrigen las interpretaciones ajenas. Viven.

Ellos más que nadie entendieron de golpe lo que es perder todo en un segundo.



Hoy construyen una historia juntos, con el recuerdo de Tomás siempre presente, sin esconderlo ni reemplazarlo. (Foto ilustrativa generada con IA).

En la casa que **hoy comparten hay fotos de Tomás**. No escondidas. No desplazadas. Presentes. Lo nombran. Lo recuerdan. A veces, incluso, lo discuten como si siguiera siendo parte de la conversación. Pero hay algo que cambió con el tiempo. Algo que recién pudieron decir muchos años después.

Martina es consciente de que **el amor que siente hoy no reemplaza al que tuvo**. Que no compite. Que no borra. Que convive. Y que, de una forma extraña, todo lo que vino después también está atravesado por Tomás.

Lucas, en cambio, tardó más en procesarlo. Porque había una parte de él que sentía que no tenía derecho a ser feliz en esa historia. Hoy desde el living de su hogar, mirando una foto vieja de los tres y acariciando la mano de Martina, puede decirlo en voz alta: **“Si él no hubiera estado... nosotros nunca”**. La pausa, seguida del mutismo de Martina, muestra que aún sigue siendo complejo, y lo obliga a seguir: “Casi muero

en el accidente para llegar a esta versión de mí... y **ahora la voy a defender con todas mis fuerzas**", completa, mirándola con ternura.

Ella lo abraza y, ya sin culpa, sin enojo, sin miedo, puede asentir. No como una forma de justificar lo que pasó, sino como una forma de aceptarlo. Porque hay historias que no encajan en lo correcto o incorrecto. Solo en lo profundamente humano. Y en esas, **el amor no siempre llega como uno espera**. Pero cuando llega, encuentra la manera de ser.

Fuente:TN